

# El acontecer infausto en el carácter chileno: una proposición de historia de las mentalidades

ROLANDO MELLAPE

Antes de entrar en materia quisiera hacer, a modo de introducción, algunos comentarios críticos y alcances aclaratorios al tema propuesto. Los pocos trabajos que hasta la fecha se han publicado sobre el modo de ser, el carácter o la mentalidad chilena, son en verdad bastante meritorios, pero también adolecen de una serie de limitaciones y defectos que convendría ir aclarando para llegar así a una conceptualización más profunda del problema y a la acumulación de un acervo metodológico más eficaz y efectivo.

La gran herramienta de la interpretación del carácter hasta hace apenas unos decenios, pero que estuvo en boga desde fines del siglo pasado hasta la década de 1930, fue la vertiente étnica. Cada grupo racial, étnico o subétnico, tenía una peculiaridad sicológica más o menos inmutable, que caracterizaban a una sociedad o a un país, de acuerdo a su predominio étnico. Este modo de ser resultaba de una observación, generalmente muy superficial y subjetiva, del comportamiento de algunos individuos del grupo, en un momento dado de su evolución histórica. Los indios son melancólicos, viciosos y flojos, los negros de pocos alcances, pillos, inclinados a la maldad, etc. Los blancos, en la medida que calificaban a los demás, salieron un poco mejor parados de estos catálogos de virtudes y vicios. Pero, de todos modos, en lo que a Chile y a América Latina respecta, nada sicológicamente bueno podía salir de la mezcla de estas razas. El mestizo va desde flojo a cobarde o desde flojo a valiente, de acuerdo a la aleación más o menos boticaria de las proporciones somáticas de sus ancestros.

No se puede negar la importancia, en el carácter nacional, de ciertas actitudes mentales de sus etnias formativas. Pero no hay que olvidar que las capacidades básicas de la conciencia individual y colectiva, del ego, se

forman en el transcurso de miles de años, de un larguísimo tiempo histórico, y que también cambian a través de procesos muchísimo más lentos que las vicisitudes históricas culturales, políticas o económicas, de un momento dado.

Es muy posible que el comportamiento cotidiano de los santiaguinos hoy día esté más informado por lo que cotidianamente ocurría en los siglos XVIII, XVII, XVI e incluso antes de que se fundara la ciudad de Santiago, que con lo que aconteció ayer, la semana pasada o hace 15 ó 20 años. Pero no con lo que sucedió una vez, un día determinado del siglo XVI, supongamos, sino con aquello importante que aconteció millones de veces todos los días: nacer, morir, enfermar, comer, sentir angustia, amor, alegría, etc. Algo que fue tan importante y ocurrió tanto que aun hoy está presente en lo que dibujan los niños, en lo que soñamos, en la raíz de las palabras que pronunciamos: que se transformó en imagen indeleble, en un símbolo arquetípico.

Lo que trata de hacer la historia de las mentalidades es descubrir esas experiencias vitales, examinarlas, describir cómo evolucionaron y en qué medida están actuando en distintas etapas históricas. No es historia cultural, ya que ésta es más bien el estudio de las expresiones resultantes de vivencias que individuos o grupos tienen de la acumulación de aquellas experiencias básicas. La historia de las mentalidades es, si me permiten, la expresión, un producto terminal, de un larguísimo proceso de maduración o de historia de la siquis.

Otra observación que habría que hacer en torno al carácter chileno, es el tipo y uso de las fuentes empleadas en su estudio. Los viajeros son muy socorridos en este tipo de trabajos; yo mismo los uso frecuentemente. Pero en materias que no son descripciones naturales o de actividades económicas y políticas, los viajeros son tremendamente subjetivos y tienden a usar una terminología que por ser muy general y universal no definen nada. Usar términos para definir a los individuos de una sociedad como valientes, inteligentes, etc., aunque tienen una connotación muy precisa, tratándose de análisis, no dicen nada. Cuando se define a la mujer chilena diciendo que es valiente, hermosa, trabajadora, fiel, abnegada, etc., está bien. Ella tiene todos esos atributos y muchos más, pero ¿no son también las características propias de la mujer universal? ¿Pueden imaginar Uds. una sociedad que pudiera sobrevivir si sus mujeres fueran feas, infieles, flojas, malas madres e irresponsables?

La calidad de la fuente y el método con que se le analiza es muy importante. Hasta hace poco tiempo los testimonios históricos estuvieron reproducidos y transmitidos a nosotros por hombres que poseían una mentalidad

orientada místicamente y es igual en esta materia si el producto histórico-cultural es reproducido por un negro esclavo, un indio de encomienda, un mestizo de cualquiera pigmentación o un español puro. De todos modos se trata de una mente en que no hay claros límites entre lo natural y lo sobrenatural, en que está poco objetivizado el tiempo, actuando al unísono en distintos planos que se confunden. Un tipo de mentalidad, en fin, que funciona sobre secuencias místicas —no necesariamente lógicas— y usando o abusando de mecanismos de analogías simbólicas. Todo ello aún, inmerso en un equipo cultural que es exactamente el que conviene a los principios que usa y, por este motivo, aunque algunos de estos testimonios nos parezcan ahora un tanto incongruentes, son un fenómeno perfectamente histórico y perfectamente lógico. Pues bien, a testimonios históricos de esta índole nosotros hemos tratado de analizar con nuestra mentalidad actual, orientada racionalmente. Con ello hemos perdido gran parte del significado del dato histórico y nos hemos conformado con sólo la cáscara del acontecer del pasado.

Dije, hasta hace poco tiempo, que este punto tan importante como es la tonalidad mística o racional del pensamiento, la metanoia, es decir el cambio de mentalidad, sólo se produjo en el lapso que va desde mediados del siglo XVIII a mediados del siglo pasado. Más aun, para un alto porcentaje de la población chilena actual aún no se ha producido totalmente. Recuerden las miles de personas que aún concurren a consultar a las machis en el sur, a los numerosos clientes, incluyendo a médicos, que tiene la hermana Julia en Valparaíso.

Para acercarnos un poco más al tema propuesto tenemos que hacer otro comentario crítico, esta vez no sobre los ensayos de interpretación del carácter nacional, sino sobre la historiografía nacional. Ya lo dijimos, estamos haciendo una historia sumamente estrecha, no sólo en términos temporales, sino también en términos del avance que logramos en la interpretación de la profundidad del acontecer. Tenemos, desde luego, la gran limitación de usar sólo el testimonio escrito; en el caso de Chile contamos con datos, de radiocarbono y restos arqueológicos, de unos 15.000 años atrás. Comenzamos sin embargo en 1535—con la llegada de Diego de Almagro— quedándonos sólo con 445 años y le dejamos 1535 a arqueólogos y etnohistoriadores. Hacemos además una historia solamente de los hechos conscientes y racionales, preponderantemente masculina y urbana y del acontecer político. Si el acontecer humano nacional, desde hoy hasta 15.000 años atrás equivale a 100, nosotros malamente conocemos una parte o dos de esos cien años. Declaramos también que éste no es un problema de la historiografía nacional sino universal, aunque en diversos países tiende a cambiar cada vez más.



Otra de las limitaciones que en el quehacer historiográfico nos imponemos es que sólo historiamos los acontecimientos felices, lo que termina bien, lo que supuestamente nos hace avanzar, en una larga escalada al éxito, al crecimiento y a la felicidad. La historiografía chilena del siglo pasado posee notoriamente este carácter; con razón un investigador inglés ha dicho sobre ella, que se asemeja notablemente al modo de ver el mundo de los historiadores thories de la época Victoriana. Hacemos siempre una historia fausta, a veces mencionando, pero sin incorporarlo a la dinámica de la sociedad o de la cultura, el acontecer infausto.

Uds. podrían pensar: habría que ser morboso para acumular y describir solamente los hechos desastrosos, las calamidades y catástrofes sufridas por nuestros antepasados. Con morbo o sin morbo, precisamente, la historia de las mentalidades requiere, entre otras cosas, de un catastro del acontecer infausto, para explicarse la formación o la mantención de algunos caracteres de la personalidad de los pueblos. La continua recuperación y pervivencia al acontecer infausto, reiterado a lo largo de siglos, refuerza muchos de los elementos más valiosos del ego colectivo e individual de los pueblos.

Todos los historiadores que se han preocupado de los hechos económicos, sociales o relativos a la población, saben por ejemplo, lo difícil que resulta describir las situaciones normales, muchas veces es casi imposible decir si lo que estamos analizando es una situación normal o no. En general, descubrimos la normalidad cuando ésta entra en crisis, cuando comienza a transformarse o a deshacerse. De allí la importancia de examinar los momentos coyunturales, las crisis, que también son generalmente capítulos de historia infausta.

En una primera etapa, la historia del acontecer infausto debe realizarse al modo de la historia cuantitativa. Es decir, no nos interesa una calamidad o catástrofe singular, que aconteció en un momento dado del pasado nacional, sino todas las catástrofes ocurridas en nuestra historia. De este modo podemos reducir parte de la historia infausta a un sistema, que tiene frecuencias, regularidades e irregularidades y que, finalmente, podría pasar a constituir un modelo. No quiere decir ello, por supuesto, que cada uno de estos hechos no tenga un valor o importancia como acontecimiento singular.

Las sequías, especialmente los terremotos, son muy importantes en la historia económica. Los terremotos en la historia del crédito por ejemplo, ya que los préstamos hipotecarios llamados censos, casi los únicos que existieron durante la época colonial, estaban otorgados sobre bienes muebles urbanos que, destruidos por un terremoto, también arruinaban el sistema.

Quizás la crisis económica más importante de la colonia se debió al terremoto de 1647, que destruyó totalmente Santiago.

Un simple recuento aritmético de los desastres ocurridos en Chile nos deja aterrados. Dejamos de lado las guerras, revoluciones, devastaciones y destrucción de ciudades ocurridas por la acción del hombre, además, los incendios de ciudades enteras, las incursiones de piratas y corsarios (que muchas veces paralizaron el comercio por varios años), las plagas que atacaron a vegetales y animales, etc. Nos concentramos solamente en: terremotos, años diluviales y de inundaciones, grandes sequías, epidemias que atacaron al hombre y plagas de langostas y ratones. Aun registrando sólo los fenómenos verdaderamente importantes, los que por lo menos asolaron a un tercio del territorio habitado, obtenemos una estadística increíble.

Nuestro cómputo comienza antes de la llegada de Almagro, en 1520, ya que tenemos testimonios de un espantoso terremoto que los indios narraron a los primeros conquistadores. Probablemente hubo también una primera epidemia de viruelas, pero ésta no la registramos por inseguridad del dato. Nuestro cómputo termina en 1906, con el terremoto de Valparaíso. En estos 386 años hubo 282 desastres; el 73 % de nuestros años de historia han sido nefastos: 100 terremotos, 46 años en que todo se inundó, 50 años de sequía absoluta, 82 años de diferentes epidemias generalizadas y 4 años en que insectos y roedores se comieron hasta los árboles. Creo que este cómputo no es exacto, pero si tiene errores, es debido a omisiones, de modo que los años infaustos fueron seguramente más. De todos modos, nuestros antepasados sufrieron un terremoto cada 3,8 años, un temporal con inundaciones cada 7 años, un año muy seco cada 7 y una epidemia cada 4.

Estas calamidades se ordenan en ciclos cortos, el más común es que a un terremoto siga un año de temporales y lluvias diluviales y luego una epidemia, en un lapso de 3 ó 4 años. Y, de paso, una curiosidad, el año más infausto de la historia de Chile fue 1851, en que ocurrieron dos terremotos, un invierno desastroso y una epidemia de viruelas; además, una sangrienta revolución. Es ésta una curiosidad, pero, por motivos que se comprenderán luego, es posible que aquella revolución de 1851 haya sido tan enconada precisamente porque los cuatro fenómenos ya anotados —dos terremotos, un diluvio y una epidemia— desarticulaban las ataduras etnocéntricas nacionales y orientaron las angustias colectivas hacia la provocación de actitudes de violencia, que en último término habrían tenido por objeto dar mayor seguridad al yo colectivo e individual.

A lo largo de la vida de un chileno medio de los siglos pasados hubo, sin duda, varios años de pesadumbre debido a estos acontecimientos. En promedio, cada familia del país, antes de disociarse, tuvo tres decesos causa-



dos por epidemias o terremotos y, además, varios años de angustias económicas derivadas de años de sequías e inundaciones.

Cuando hablamos del acontecer infausto, en el sentido que lo estamos haciendo aquí, lo hacemos en pretérito. Esto porque el hombre de nuestros días no siente los efectos telúricos negativos con la misma fuerza que hasta unos decenios atrás. El proceso geológico y climático no ha variado mucho, pero sí el hombre contemporáneo, que ha sabido rodearse de defensas contra sus efectos. Embalses, canales y diques nos alivianan los efectos de las avenidas y sequías, las epidemias están prácticamente controladas; en tanto que la construcción asísmica nos hace temer menos a los terremotos. Al mismo tiempo y por efecto de lo anterior, un contacto, un diálogo muchísimo más corto y despreocupado con lo telúrico nos está produciendo otra metanoia de efectos aún imprevisibles. Esto, por lo menos por ahora, no es malo ni bueno, es algo que simplemente está ocurriendo y que es digno de nuestra reflexión.

Los propósitos de mis palabras hoy día, sin embargo, no son los de describir la causalidad directa de carácter social y económica que producen los desastres naturales. Quisiéramos ir un poco más profundo en el proceso de maduración del ego nacional individual y colectivo y, precisamente, el acontecer infausto se presta admirablemente a estos efectos.

Actualmente, si hay un brote epidémico, el Ministerio de Salud, mal o bien, se encarga del problema. Parece que, en general, lo ha hecho bien en los últimos decenios, ya que la viruela, poliomelitis, fiebre amarilla, etc., están prácticamente erradicadas. En todo caso, el problema lo entendemos como de bacterias, virus o gérmenes, es una cuestión biológica perfectamente clara y limitada. Pero, hace un poco más de un siglo la cuestión no era tan clara o mejor dicho, no era tan simple. El acontecimiento infausto tenía origen sobrenatural, era enviado por Dios o por una Deidad poderosa; el aparecimiento, desarrollo y consecuencias finales del fenómeno se relacionaban íntimamente con el comportamiento individual y colectivo de la sociedad que lo sufría. Tenía relación con el pecado y la gracia, con el mal y su reparación. La muerte que producía no era natural y por ello se rodeaba doblemente, con mucha fuerza, del equipo simbólico místico-cultural de la época.

En este punto, españoles, indios, negros y mestizos, reaccionaban en forma bastante similar. La viruela, por ejemplo, para todos ellos tenía una etiología sobrenatural, "preternatural" como se decía en la época. Para españoles era un castigo de Dios por su vida liviana, licenciosa y descreída, su remedio debía encontrarse en el panteón cristiano. Los indios, sobre el mismo mal, suponían que era inducido por ocultas fuerzas enemigas. El

padre Rosales nos cuenta: “Dicen los indios que en botijas encerradas llevan los españoles estas viruelas de unas partes a otras y que donde quieren las abren para consumir a los indios” y no parece extrañarle mucho la idea porque según él mismo agrega, “porque lo que a unos mata a otros da vida”.

Para los negros y mestizos de color, el alma errante en las noches, mientras los cuerpos duermen (en la noche no hay sombra, la sombra es el alma), hace fechorías y se malquista con otras almas. Cuando riñe con la de un Dios o hechicero recibe males en venganza —entre ellos la viruela— que luego el alma contagia al cuerpo. No podría encontrarse mejor ejemplo de la unidad del mundo natural y sobrenatural, que mencionábamos hace unos instantes.

Quizás se estén preguntando Uds., ¿qué tiene que hacer todo esto con el carácter chileno? Habrán notado que estamos en el ángulo más sensible de lo que tan generalmente se ha llamado “lo telúrico”. El hombre americano y chileno se ha definido como esencialmente telúrico. Pero lo telúrico no es un simple amor a la tierra, ni una simple afinidad con lo natural; es un diálogo constante e inconsciente de la siquis con la naturaleza. El acontecer infausto tiraniza este diálogo, obliga a toda una sociedad a enfrentarse, a través de su yo con los estratos más profundos de su existencia espiritual, con el alba de su propia siquis. Las tensiones que el reiterado encuentro produce, el terror que muchas veces nos inspira, provoca fenómenos colectivos que se traducen en modos de ser y de actuar: el amor y el desamor al terruño por ejemplo. Se ama el lugar donde se nace, pero se escapa de allí. Se ama a la mujer, a la madre y a la familia, pero se les abandona. La mujer permanece más, por otro tipo de ataduras, pero por ese mismo hecho debe asumir un papel más realista y de mayor entereza, lo que explica mucho de sus conductas históricas.

Si la viruela nos conduce a estas reflexiones, los terremotos nos dicen mucho más. El efecto síquico del terremoto es que un mundo físico que está perfectamente armado y equilibrado se deshace, se desarma, se produce un caos que es lo más antinatural que se puede concebir. Los sacerdotes evangelizadores del siglo XVI decían a los indios que Dios, al crear el mundo, habría puesto “cada cosa por su orden”. Para los indios no era esto muy novedoso, sus dioses habían hecho lo mismo. Pero el terremoto, los eclipses y un poco la oscuridad de la noche, deshacían lo que Dios había hecho. Para un hombre de mentalidad místicamente orientada significa volver a la noche del caos primero. El terremoto tiene el efecto de una hipnosis o un sueño autodirigido colectivo y casi automático. La atadura mística se encarga de poner en orden este mundo natural desintegrado y lo hace

usando símbolos arquetípicos. Esto es, hasta que la tierra deja de moverse, cada ego vive de nuevo las etapas más primarias de la formación de su yo. El fenómeno va más allá de lo telúrico, equivale al efecto de varias epidemias de viruela, pero sufridas en minutos. Produce un efecto colectivo, social, de reafirmar la propia personalidad, de caracterizar —es decir poner en caracteres— lo que ya se es; y éste es otro de los rasgos del modo de ser chileno.